

Del carácter materialista del psicoanálisis (1933)*

On the materialistic character of psychoanalysis (1933)

Jean Audard

Resumen. Se ofrece la primera traducción al español de un artículo del intelectual comunista francés Jean Audard (1913-1998) que entusiasmó a los surrealistas, interesó a Jacques Lacan y provocó la furia de Georges Politzer. El artículo, publicado en 1933, es el texto de Audard más conocido, importante y representativo de su freudomarxismo. El autor concibe el materialismo como un determinismo, equipara el materialismo freudiano con el marxista, defiende un materialismo en el que se respete la especificidad del psiquismo y demuestra cómo el psicoanálisis puede subsanar una falla idealista en el edificio materialista del marxismo.

Palabras clave: freudomarxismo, psicoanálisis, marxismo, materialismo, idealismo.

Abstract. This is the first Spanish translation of an article by the French communist intellectual Jean Audard (1913-1998), who excited the Surrealists, interested Jacques Lacan and provoked the fury of Georges Politzer. The article, published in 1933, is Audard's best known, most important and most representative of his Freud-Marxism. The author conceives of materialism as a determinism, equates Freudian materialism with Marxist materialism, defends a materialism in which the specificity of the psyche is respected and demonstrates how psychoanalysis can correct an idealist flaw in the materialist edifice of Marxism.

Keywords: Freud-Marxism, psychoanalysis, Marxism, materialism, idealism.

* Título original en francés: "*Du caractère matérialiste de la psychanalyse*" (primero publicado en septiembre de 1933 en el volumen 20 de la revista *Cahiers du Sud* y luego republicado en 1989 en el número 27/28 de *Littoral*). Traducción al español y recuperación de las referencias bibliográficas por Wioletta Slaska y David Pavón-Cuéllar. En su primera versión, el artículo se presentó como extracto de un libro en preparación, *Freudisme et marxisme*, que no fue publicado por el autor.

Escribe Jean Bernier (1932):

Al profundizar la crítica feuerbachiana y marxista de la religión, al sacar a la luz ciertos mecanismos esenciales del determinismo natural y social del pensamiento de Marx, y al descubrir las nuevas posibilidades de actuar sobre este determinismo al tomar conciencia de él, Freud aumenta indiscutiblemente el campo de aplicación del materialismo moderno, así como su relevancia científica.

Frente a la anterior afirmación, cuya ortodoxia teórica resulta incuestionable, el camarada Stoliarov (1931), que es marxista de Moscú y no de París, escribe:

El freudismo no tiene nada en común con el marxismo y el materialismo. Oculta y disminuye la significación de la lucha de clases. El carácter anti-proletario de la ideología freudiana se manifiesta tanto en el aspecto idealista general de su método y de su sistema como en sus detalles.

¿Cuál de estas dos afirmaciones vamos a elegir? Veamos primero si el psicoanálisis cumple con la definición del materialismo de Engels (1886):

La cuestión esencial de toda filosofía, particularmente de la más moderna, es la pregunta sobre la relación entre el pensamiento y el ser... Los filósofos se han dividido en dos campos: quienes afirman la existencia del espíritu anterior a la naturaleza, que forman el campo de los idealistas..., y quienes ven el principio en la naturaleza, que se encuentran en las diversas escuelas del materialismo.

Esta definición tan general se aplica a dos tipos de pensamiento más que a dos tipos de doctrinas. Engels observa también que las ciencias naturales se inclinan naturalmente hacia la actitud materialista, que es la única que les permite progresar, mientras que la actitud idealista en las ciencias naturales (a veces consistente únicamente en una deducción *a priori* de los hechos) tan sólo puede llevar a esa lamentable bancarrota que fue –como sabemos– el destino de la “filosofía de la naturaleza”.

Podremos ver ahora cómo se vuelve más clara la significación de la “primacía de la materia sobre el pensamiento”.

El materialismo es el abandono de cualquier intento de explicar lo inferior por lo superior. Es también el abandono de cualquier referencia a las causas finales. El materialismo es, entonces, la eliminación de cualquier doctrina teleológica. Como lo dice Friedel (1916), “el carácter esencial del materialismo es la ausencia de cualquier noción de finalidad” (p. 71)¹.

¹ Por lo demás, el capítulo de Friedel y el libro del que forma parte son de inspiración claramente clerical.

La concepción materialista de la naturaleza es la actitud práctica del científico que no cesa en su empeño de conocer las condiciones de existencia del fenómeno que estudia (mientras que el idealista, suponiendo una contingencia en las leyes de la naturaleza, termina invocando a Dios en un momento u otro). La concepción materialista de la historia es la actitud no menos práctica del historiador y del sociólogo para quienes el hombre es tan sólo un fragmento de la naturaleza que está sujeto a sus leyes necesarias (a diferencia del idealista, para quien el espíritu es independiente de la naturaleza), de tal modo que los acontecimientos históricos no ocurren en virtud de decretos de la libertad humana, sino que están condicionados por el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, por el estado de relaciones entre el hombre y la naturaleza.

¿Cumple la psicología de Freud la condición general de cualquier materialismo, que es la creencia en el determinismo, y la condición particular de la concepción materialista de la historia, que es la creencia en que “la actividad intelectual del hombre siempre es sólo una reacción al mundo material circundante”? (Campagnard, 1932).

Las afirmaciones de los psicoanalistas sobre el determinismo de los fenómenos psíquicos son numerosas. Además, ¿cómo podría el psicoanálisis conservar un sentido si el hombre fuera libre? El psicoanálisis supone que podemos actuar sobre el psiquismo humano al modificar las circunstancias en las que se desarrolla; también postula que todo nuestro destino depende de ciertas experiencias infantiles que hemos olvidado bajo la influencia de la represión.

No existe para Freud un acto de la vida del hombre donde no se encuentre la huella de los complejos formados en su inconsciente como consecuencia de sus experiencias infantiles: así el psicoanálisis vuelve a dar actualidad y como un sentido inexorable a la antigua idea del destino.

La *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud nos muestra en los más pequeños actos y gestos de la vida cotidiana, en un lapsus, en un gesto burdo, incluso en la simple entonación de una palabra, la manifestación de un deseo inconsciente que determina el comportamiento del sujeto sin que él se entere. La teoría de los sueños escandalizó y sorprendió porque excluía la libertad del terreno de la imaginación y de la fantasía. En cuanto a las vocaciones artísticas, religiosas y profesionales, ya no tienen mucho misterio para el psicoanalista que posee en derecho la clave de todos los secretos y de hecho la de muchos, ya que sabe leer en el inconsciente.

El inconsciente es legible, tal es el gran descubrimiento de Freud, y es lo que hace que el psicoanálisis sea una ciencia. Habría sido de poca utilidad saber que existe el inconsciente si no hubiéramos sido capaces de penetrarlo o si hubiéramos tenido que conformarnos con una penetración intuitiva y sin rigurosidad. Pero el psicoanálisis no es una práctica de charlatanería, una operación mágica que puede o no tener éxito. El psicoanálisis es una verdadera ciencia y las condiciones para su éxito son

exactamente las mismas de cualquier tratamiento terapéutico basado en principios científicos. Lo característico de una ciencia es la posibilidad de formular leyes. Y, como lo muestra M. Flournoy (1932), *existen leyes en el psicoanálisis*:

Lo que le interesa al psicoanálisis como ciencia no son los datos proporcionados por la exploración detallada de un sujeto individual, sino más bien las reglas generales, las leyes uniformes que pueden extraerse de ello. Cuando examinamos en revistas especializadas las descripciones de los casos analizados según el método de Freud, encontramos los mismos procesos en varias proporciones, pero con una monotonía sorprendente, independientemente del caso considerado (p. 190).

De este modo, el psicoanálisis postula el determinismo en su fundamento. Y, como se trata de un determinismo psíquico, no puede considerar la actividad intelectual más que como “una reacción en relación al mundo material circundante”. Toda la dialéctica del principio de placer y del principio de realidad, de la represión, de la sublimación y de las neurosis, confirma la tesis marxista según la cual el pensamiento está determinado por el ser.

El determinismo psíquico del psicoanálisis es tan completo como el determinismo natural postulado por la física. Sería tan *milagroso* para el psicoanalista que un fenómeno escapara de las leyes del psicoanálisis (esto se entiende, por supuesto, en teoría y no en los hechos), como para el físico ver un hecho físico escapar de cualquier ley de la naturaleza. No existe una realidad humana donde el psicoanálisis no deba llevar su luz investigadora. Lo ideal y todo lo que es “superior” en la vida se revela bajo esta luz en sus orígenes infantiles y oscuros. Todos los elementos jerárquicamente dominantes en la sociedad burguesa son despojados de su prestigio sobrenatural. De hecho, el método psicoanalítico es el método *irrespetuoso* por excelencia, y es por esto que continúa la tarea de las ciencias materialistas.

Así como Galileo y Darwin escandalizaron a los que se apegaban a la letra de la Biblia, así también Freud y sus discípulos hoy se enfrentan a los hombres piadosos. Basta con leer al Dr. Laforgue (1931) en *El fracaso de Baudelaire* para medir la profundidad de la indignación que pudo suscitar el psicoanálisis, del cual su autor escribe con gran precisión que

una vez más hizo perder un dios a la humanidad... La ciencia es un juez terrible, insensible a los argumentos del sentimiento, de la benevolencia, de la piedad. Ante ella, los reyes del pensamiento pierden su independencia... El hombre ve que se le escapa otra oportunidad para aspirar a una situación especial en el mundo. Destronado, naturalmente está resentido contra el que lo derrotó.

La filiación Copérnico-Darwin-Freud es un lugar común en la literatura psicoanalítica, pero es difícil mostrar con más fuerza la continuidad de

la acción anti-teológica del pensamiento científico que, después de haber destruido a los ídolos del pensamiento religioso y del idealismo antropocéntrico respectivamente en astronomía y en ciencias naturales, los derroca hoy en las ciencias humanas. Esta filiación es, por sí misma, una evidencia del carácter materialista del psicoanálisis.

El psicoanálisis, como el materialismo económico, destruye a los dioses de la humanidad. Poco a poco, ayudándose uno a otro, estos dos métodos arrojan luz y arrancan los disfraces con los que la sociedad burguesa oculta y censura la realidad. Es así como los freudianos y los marxistas trabajan en sus campos respectivos para disolver las ilusiones creadas por la historia, y al derribar el régimen capitalista, para disipar una fuente de ignorancia intelectual y miseria psíquica y no sólo de dificultades económicas y sociales.

*

* *

Sin embargo, este punto de vista no cuenta con el apoyo unánime de los materialistas, y aquí debemos examinar las críticas hacia el psicoanálisis desde un punto de vista materialista, y responderlas.

Stoliarov (1931) escribe:

El método freudiano llama sobre todo a la objeción por su psicologismo absoluto, por su carácter anti-físico... El psicoanálisis opera exclusivamente sobre datos psíquicos subjetivos, no materiales, que no son susceptibles de ningún análisis cuantitativo... La fisiología y los estados fisiológicos del organismo parecen no existir para el freudismo. En Freud hay fundamentalmente no un principio biológico de multiplicación, sino más bien un extraño principio fatal de placer, algo puramente psicológico, abstractamente psicológico.

Si retomamos este argumento en detalle, vemos en él tres puntos:

1. El psicoanálisis no es una ciencia porque sólo hay ciencia (según la concepción materialista) de lo que es material, es decir, medible.
2. El psicoanálisis no es materialista porque no asigna un origen fisiológico a la vida mental.
3. El freudismo es una doctrina idealista porque su base fundamental, la idea de *libido*, es una noción vaga y mística, una abstracción sin bases materiales.

Hay que hacer justicia a estos tres argumentos:

1. Es inexacto que haya ciencia sólo de lo que es cuantitativo y medible. Sin duda, todo el progreso de las ciencias de la naturaleza tiende a dar una expresión cuantitativa a partes de la ciencia previamente cualitativas, eliminando la subjetividad con la cualidad. Sin embargo, apoyar esta concepción de manera absoluta sería renunciar a todas las ciencias históricas y a una buena parte de la biología. Lo característico de una ciencia, más que el carácter matemático de la enunciación de leyes, es la posibilidad de enunciar leyes. Y, como hemos visto, hay leyes en el psicoanálisis. Si estas leyes no pueden ser expresadas en una forma matemática, es porque las matemáticas no se prestan a la enunciación de las relaciones psíquicas y en general de las relaciones históricas. Es imposible poner la teoría de la evolución de las especies en una ecuación: no es nada sorprendente que no podamos medir la cantidad de libido. Si fuera necesario definir el carácter materialista de una teoría científica de acuerdo con los criterios que nos da Stoliarov, habría que admitir que las leyes psicofísicas de Fechner (que son sólo pura abstracción) son más científicas y más materialistas que las hipótesis “místicas” de Freud. Habría que preferir incluso las abstracciones de la escuela matemática en economía política a las hipótesis “cualitativas” y “subjetivas” de Marx.
2. El “psicologismo absoluto” de la doctrina de Freud –que según Stoliarov se asienta en su carácter “antifísico”– no es más absoluto que el “psicologismo absoluto” de las doctrinas de Darwin. Ni Freud, ni ninguno de sus discípulos, niegan la relación entre el desarrollo de las tendencias psíquicas y el desarrollo de los órganos fisiológicos. Está claro que es el estado de estos órganos el que determina el estado de estas tendencias y de toda la psicología. La cantidad de libido depende, no hace falta decirlo, de “los factores constitucionales y somáticos, sobre todo glandulares” (Flournoy, 1932). Es posible que los psicoanalistas no se hayan explicado sobre este punto ni muy seguido ni muy claramente. De cualquier modo, no era precisamente su papel. El hecho es que si “el principio fatal de placer” es algo “puramente psicológico”, “abstractamente psicológico”, no es de otro modo que la “vida”² de los biólogos es un principio fatal, algo puramente biológico, abstractamente biológico. El argumento de Stoliarov nos parece resultar de una concepción demasiado estrecha del materialismo. Sin duda, Engels (1886) dijo que “el pensamiento y la conciencia son productos del cerebro humano”, pero aquí sólo debemos entender esta idea muy simple, y que es casi un lugar común, según la cual uno no piensa sin cerebro. La actitud materialista nunca debe hacer que el psicólogo pierda de vista la especificidad de los fenómenos que estudia. ¿Qué diríamos de un biólogo que afirmara que la vida es una “secreción” de la materia albuminoide? Nos parecería

² No decimos “el principio”.

que él “cosifica” la vida, la convierte en una sustancia, igual que los químicos de antaño, que “cosificaban” el calor, atribuyéndolo a un líquido calórico. En contraste con esta actitud, Engels no dice que la vida sea una secreción de las materias albuminoides, sino que es su modo de existencia. De igual modo, el fisiólogo no tiene derecho, bajo el pretexto del materialismo, de considerar el pensamiento como una secreción del cerebro humano y en consecuencia estudiarlo como estudia la bilis o la orina. Es precisamente lo que distingue el materialismo dialéctico de las puerilidades estilo Büchner o Broussais: que tiene en cuenta la especificidad de los fenómenos psíquicos.

3. La libido no está entonces presente en el psicoanálisis como una abstracción sin bases materiales. Lo que ocurre es que estas bases materiales no se conocen: es de otra manera que llegamos a concebir la existencia de la libido. La libido es una hipótesis creada para explicar los fenómenos observados; esto puede ser suficiente para el científico. Hemos concebido el concepto de vida (aunque de manera inadecuada) mucho antes de conocer las materias albuminoides. ¿Por qué Freud no tendría el derecho de concebir el concepto de *libido* sin conocer todavía sus bases materiales de una manera perfectamente clara? No es cuestionable que la investigación busque el perfeccionamiento del conocimiento psicofisiológico de estos procesos de los cuales, en la actualidad, el psicoanálisis apenas nos permite conocer el lado específicamente psicológico. No obstante, no hay nada místico en reducir los fenómenos psíquicos, tan numerosos como sea, a las transformaciones de la libido. Lo que constituiría una doctrina idealista sería hacer de la libido un término final, irreductible, pero esto no es lo que hacen Freud y sus discípulos: no está en el espíritu del psicoanálisis detenerse ante el muro de un término irreductible. En cuanto a las bases materiales que Stoliarov asigna al instinto sexual (porque no es capaz de distinguir entre libido e instinto sexual), éstas son suficientes para condenar su tesis. “La multiplicación –dice– confiere un significado biológico a la atracción sexual”. Sin embargo, fue precisamente a partir del reconocimiento de la insuficiencia de esta idea que Freud se propuso desarrollar toda su teoría de la libido y quizás todo el edificio del psicoanálisis. Si Stoliarov hubiera leído los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, hubiera visto allí la demostración más sorprendente de que las “bases materiales” de la libido no pueden reducirse absolutamente a las diferenciaciones genitales³ y menos a un “extraño principio fatal” de la multiplicación. Es propio de todos los moralistas burgueses el describir como “perversas” y “antinaturales” las manifestaciones de la sexualidad que no tienden a la multiplicación: es doloroso para nosotros encontrar, bajo la pluma de un comunista, las mismas

³ Recordemos que Freud distingue lo sexual de lo genital.

reacciones mojigatas –las mismas “resistencias” para usar el término técnico del psicoanálisis– de los ideólogos de la burguesía.

*

* *

Stoliarov hace valer también un segundo orden de argumentos contra la doctrina freudiana. Freud, dice Stoliarov, piensa que los procesos inconscientes están fuera del tiempo. Sin embargo, el materialismo marxista se basa en la consideración de la historia. Cualquier doctrina que admita fenómenos fuera del tiempo será una doctrina religiosa, idealista, etc.

¿Pero en qué sentido los fenómenos inconscientes están fuera del tiempo para el psicoanálisis? ¿Se trata de revelaciones eternas de la existencia? ¿El inconsciente sería algo como Dios en el hombre? ¿O tal vez sería como esas ideas platónicas que están fuera del tiempo, pero en las que participan las cosas temporales? ¿Quizás el inconsciente sea el noumeno de Kant, por lo que estaría justificada esta proposición paradójica, a saber, que los fenómenos inconscientes son lo más libre en el hombre –la libertad en Kant es de hecho considerada como noumenal– y que el hombre conscientemente determinado sería inconscientemente libre?⁴ Vemos a qué serie de bromas puede conducir esta afirmación de que los procesos inconscientes son intemporales.

Apresurémonos a dejar claro que el método de Freud no conduce a ninguno de estos absurdos, y que llegamos a concebirlos sólo si uno escucha esta proposición en el sentido que le da Stoliarov. En realidad, si los procesos inconscientes son indiferentes al curso de los acontecimientos, no están fuera de *todo* tiempo. Son como el agua que se captura en un tanque en lugar de dejarla fluir: han sido adquiridos por la experiencia en el tiempo, su acción tan sólo puede ejercerse en el tiempo, sólo que por sí mismos han sido sustraídos del tiempo de la conciencia. No se trata, por lo tanto, de una participación en una esencia intemporal: el inconsciente no escapa al tiempo, ya que todo su contenido es adquirido, es el resultado de las experiencias y del desarrollo de estas experiencias de acuerdo con el conflicto entre la libido y la censura (entre el principio de placer y el de realidad), pero la duración no existe para el inconsciente en el mismo sentido que para el pensamiento consciente.

*

* *

⁴ Recordemos que ésta es la concepción de Schopenhauer y de Hartmann.

Stoliarov (1931) también dice que en Freud los procesos inconscientes, sujetos al principio de placer, no tienen en cuenta la realidad: “la significación del entorno material, del entorno social, se reduce (por tanto) a nada, es revocada”. Resulta difícil imaginar una incomprensión más perfecta de la doctrina de Freud. Stoliarov parece creer que debido a que en su estado inicial, abandonado al principio del placer, el individuo se presenta como asocial, la doctrina de Freud es un individualismo idealista que no tiene nada que ver con el materialismo histórico: en realidad, no hay individuo fuera de la sociedad, etc. Sin embargo, si leemos a Freud, vemos que, desde el nacimiento, la acción del principio de placer es obstaculizada por la naturaleza y por la sociedad, por lo que Freud llama “realidad”. El individuo, asocial en su nacimiento, no permanece en este estado: durante muchas experiencias dolorosas, su aspiración primordial al goce máximo debe dejarse doblegar y sofocar, “reprimir”, resignarse a la insatisfacción parcial. Aquí está lo que Stoliarov llama “reducir a la nada la significación del entorno material”.

Ante una tesis como la de Stoliarov, Freud respondería que la acción del principio de realidad (del “entorno material”) es tan hipotética como la del principio de placer. La falta de socialidad primitiva del individuo no es más una “idea” que la acción de la naturaleza y la sociedad sobre este mismo individuo. Lo real, para el psicólogo, son manifestaciones psíquicas cuyas causas pueden, en el análisis, clasificarse en dos categorías: unas bajo la etiqueta de “libido”, otras bajo la de “realidad”.

*

* *

Nos parece que el psicoanálisis resiste victoriosamente a todas las críticas que se le han hecho en el nombre del materialismo. Nos atreveremos incluso a decir, en cierto sentido, que no hay materialismo completo sin psicoanálisis. Al materialismo marxista le falta algo mientras no se complete con el materialismo del psicoanálisis.

Los marxistas, en efecto, fundamentan mucho de lo que plantean en el progreso técnico. Este progreso técnico es el que, según ellos, al determinar los diferentes tipos de economía, también determina los diferentes contenidos de la conciencia y las diferentes ideologías, así como las diferentes formas de estado. ¿Pero no es el progreso técnico en sí mismo la obra de la conciencia? Si es cierto que “el molino de mano produce la sociedad con un señor feudal, el molino de vapor la sociedad con un capitalista industrial” (Marx, 1847, p. 156), uno debe preguntarse cómo los hombres fueron llevados a inventar el molino de vapor.

Los marxistas alegan el estado de la economía y la tecnología, el desarrollo objetivo de la ciencia, etc. No pueden explicar así el fenómeno individual de la invención. Ahora bien, es muy poco materialista dejar este punto en la sombra: ¿no será que se está recurriendo a la conciencia como principio inicial del desarrollo histórico de la humanidad?

El psicoanálisis interviene aquí. Tomemos el ejemplo del origen de la aviación. Este origen se encuentra sin duda en fenómenos sociales como el desarrollo del conocimiento científico y de la técnica, el deseo de los capitalistas de crear empresas con grandes ganancias, encontrar inversiones ventajosas y también construir dispositivos de guerra particularmente destructivos. Pero estos factores objetivos nunca habrían llegado a dar ningún descubrimiento si ningún inventor hubiera comenzado a buscar y trabajar en esta dirección. Entonces, ¿por qué hay inventores que se han dedicado a esta tarea? Lo que ocurre, para Freud, es que “la aviación tiene un origen erótico en la infancia, porque el deseo de volar en un sueño no significa sino el deseo apasionado de ser capaz de tener actividad sexual” (citado por Stoliarov, 1931). Sin discutir en sí misma esta idea que hace reír al camarada Stoliarov, debemos señalar el carácter altamente materialista de lo que enuncia. Es únicamente la teoría freudiana de la invención-sublimación la que permite que el materialismo evite una falla idealista en su edificio.

Reducir la evolución de la conciencia a la evolución de la economía y de la técnica es afirmar que los contenidos de la conciencia están determinados por el estado de la ciencia, es decir, por la conciencia misma. Esto no permite salir definitivamente del idealismo. Afirmar, con el psicoanálisis, que las creaciones mismas, la ciencia misma, dependen de factores externos a la conciencia, de los instintos investigadores de origen infantil, que a su vez dependen de complejos primitivamente sexuales, es, permaneciendo en el mundo humano, dar una explicación mucho más materialista. Es porque el freudismo permite tales resultados que nos parece, desde este punto de vista, más materialista que el marxismo mismo, que no plantea el problema de los fundamentos psicológicos de la invención técnica.

Referencias

Bernier, J. (1932). Freud et la religion. *La Critique Sociale* 1(6), 243-247.

Campagnard, F. (1932). Psycho-Analyse et Capitalisme. *La jeune Révolution* 2.

Engels, F. (1886). *Ludwig Feuerbach et la fin de la philosophie classique*. París: Bureau d'éditions, 1931.

Flournoy, H. (1932). Le caractère, scientifique de la psychanalyse. *Revue française de psychanalyse*, 5(2), 190-200.

- Friedel, J. (1916). *Le matérialisme et les données actuelles des sciences de la vie*. En H. Bergson et al, *Le matérialisme actuel*. Paris: Flammarion.
- Laforgue, R. (1931). *L'Échec de Baudelaire, Étude Psychanalytique*. Paris: Éditions Denoël et Steele.
- Marx, K. (1847). *Misère de la philosophie: réponse à la Philosophie de la misère de M. Proudhon*. Paris: Giard & Brière, 1908.
- Stoliarov, A. (1931). Le freudisme et les freudomarxistes. *Littérature de la Révolution Mondiale* 3, 96-106.